REVISTA INTERNACIONAL

LA HABANA, CUBA, No. 6-7 / 1998-1999

MARX MARX AHORA

Directora: **Isabel Monal** *Subdirector:* **Armando Cristóbal** *Edición:* **Zayda González Amador** *Dirección Artística:* **Santiago Ramírez y Armando Millares** *Composición:* **Idalmis Valdés** *Publicidad:* **Dalia del Toro** *Departamento de traducciones del ICL.* ***Marx Ahora*** es una revista semestral editada por la Editorial de Ciencias Sociales con el concurso de la cátedra de Estudios Marxistas "Julio Antonio Mella" del Instituto de Filosofía. *Dirección de la Redacción:* Editorial de Ciencias Sociales, calle 14, no. 4104, e/ 41 y 43, Playa, Ciudad de La Habana, Cuba.

☎: 23-3959, FAX: (537) 33 8187

¿Quién le teme al trabajo?
(El desempleo y el "fin del trabajo")

John Milios y Elias Ioakimoglou
(Grecia)

1. Introducción

Las crecientes tasas de desempleo que se han presentado en la mayoría de los países capitalistas desarrollados han sido enfocadas, en muchos casos, como un "resultado inevitable" de la innovación tecnológica, y en un sentido más específico, de la introducción en todos los sectores de la economía de unidades de producción automatizados, basadas en las aplicaciones de la microelectrónica. Dentro de este marco ideológico, se ha formulado un análisis según el cual las "nuevas tecnologías" y la automatización de la producción van a acelerar constantemente el desempleo, lo cual conducirá como última consecuencia al "fin del trabajo".

El tema de este artículo es este uso ideológico bastante peculiar del fenómeno de la automatización, el cual afirma el fin inminente del trabajo. En las secciones 2 y 3 abordaremos la historia y el contenido de estas concepciones. En la sección siguiente, la número 4, nos ocuparemos de algunas evidencias estadísticas, que nos ayudarán a comprender los efectos reales de la automatización sobre el empleo y la fuerza de trabajo. De esta manera, en la última sección del trabajo estaremos preparados para examinar los realineamientos (y antagonismos) económicos, sociales e ideológicos que han colocado en primer plano la ideología del fin del trabajo, teniendo en cuenta que toda teoría o conato de teoría articula y/o apoya puntos de vista particulares, en una disputa por la dominación ideológica en las sociedades capitalistas contemporáneas que viene librándose.

2. Un siglo después. Ideas paradójicas vuelven a estar de moda

El "fin del trabajo" que se ha proclamado no hizo su primera aparición en la actual "época de la computadora". La hipótesis según la cual la sustitución del trabajo por sistemas automatizados conduciría a la "desaparición de la clase trabajadora" se formuló hace casi un siglo, en el contexto de una discusión teórica de las crisis capitalistas. En su libro *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen in England* (Estudios sobre la teoría e historia de las crisis comerciales en Inglaterra), Jena 1901, M. von Tugan-Baranowski

dio una descripción elegante del reemplazo continuo del trabajo por sistemas de funciones mecanizadas, solamente para afirmar, sin embargo, que aún si las máquinas dieran lugar a que la clase trabajadora desapareciera por completo, la producción capitalista continuaría existiendo. Mediante su análisis, Baranowski trataba de excluir teóricamente la posibilidad de un colapso del capitalismo debido a un subconsumo de las masas, ocasionado a su vez por la desaparición gradual del trabajo asalariado y de ese modo, por la desaparición de los ingresos y el *consumo* de los obreros. En el análisis de Tugan-Baranowski, la reducción en el consumo individual (y en la producción de bienes de consumo) resulta balanceada por el aumento continuo del consumo productivo (y de la producción de bienes de capital) (Milios 1994).

Tugan-Baranowski escribió de modo característico: "Incluso el más amplio reemplazo de trabajadores por máquinas, no podría en sí determinar que ninguna máquina fuera inútil o superflua. Aunque todos los obreros, excepto uno, hubieran sido sustituidos por máquinas, entonces un solo obrero mantendría en movimiento todo el coloso de maquinarias, y con su ayuda produciría nuevas máquinas y medios de consumo para la clase capitalista. La clase trabajadora desaparecerá, pero ello no impedirá en lo más mínimo una realización de los productos de la industria capitalista (...) Sin embargo, si los capitalistas desean restringir su propio consumo en su afán de acumulación, no hay nada que detenga esto. En ese caso, la producción de medios de consumo para los capitalistas se restringirá de manera que una parte aún mayor del producto social consistirá en medios de producción" (citado en Bujarin 1972, pp. 211-212, donde hay una amplia referencia y una crítica a los puntos de vista de Tugan-Baranowski).

Al criticar los puntos de vista de Baranowski sobre el "fin de la clase trabajadora" y también la tesis del subconsumo de Rosa Luxemburgo, desde la óptica de una teoría de las crisis de sobreacumulación, Bujarin (1972) mostró que el aumento de la productividad del trabajo ocasionado al ser sustituidos trabajadores por máquinas, necesariamente produce un aumento no sólo en la producción de bienes de capital, sino también –aunque a un ritmo más lento– en la producción de bienes de consumo: los medios de producción son (solicitados y) producidos de manera que la producción de bienes de consumo pueda continuar sobre una base ampliada, formando razones específicas entre estos dos sectores de la producción. Sin embargo, esto significa que la reproducción de la economía capitalista en una escala ampliada, para no mencionar su propia existencia, depende de una expansión continua de la demanda de los consumidores durante un período de tiempo prolongado, como lo estableció Marx en sus famosos esquemas de *reproducción y circulación del capital social total* (Marx 1992, Parte Tercera, pp. 425-599). Si uno aborda el problema desde el punto de vista de la *reproducción* de la economía, los ingresos por concepto de trabajo y el consumo de los obreros no pueden desaparecer:

"La gigantesca expansión de medios de producción conduciría de manera inevitable a un enorme aumento de *los medios de consumo colocados en el mercado*. Y si no hubiera demanda para estos medios de consumo, tendría lugar un inevitable y devastador colapso, en el cual precisamente esa conexión entre producción y consumo cuya existencia niega nuestro 'paradójico'

Tugan entraría en acción con violencia primitiva (...) No tiene absolutamente ninguna importancia para el asunto el que Tugan aún mantenga 'un obrero' para ejecutar este disparate, porque si a este 'trabajador único' sus inteligentes jefes le ordenaron producir carbón y hierro sencilla- mente por carbón y hierro, esto tendría la misma importancia económica que si lo obligaran a no hacer nada durante todo el día" (Bujarin 1972, p. 213).

La venerable profecía acerca del inminente deceso o desaparición de la clase obrera (y la perpetuación concomitante del capitalismo) fue preservada en estado latente en los escritos de filósofos, economistas y sociólogos, para experimentar un retorno triunfal en la última década, sin que le estorben los adornos teóricos del pasado. Ya no tenemos que vérnoslas con análisis teóricos sobre la reproducción ampliada del sistema capitalista o de las crisis capitalistas, sino simplemente estámos ante una afirmación estereotipada y repetida interminablemente (en artículos, libros, declaraciones de políticos y expertos, etcétera) según la cual el desempleo en aumento está a punto de alcanzar una marginación total del trabajo. Lo que está implicado, en otras palabras, es la proyección de una "corazonada" semiperiodística sobre las cosas que están sucediendo, explicable en cierta medida ya que el "fin del trabajo" es un tema que preocupa cada vez más a la prensa. A continuación, tomando esta corazonada como si fuera algo que está dado, como un *fait accompli* poco más o menos, se llega a conclusiones sobre la sociedad, la economía política y el destino de la humanidad.

En cuanto a análisis que pretenden ser "radicales", André Gorz ha venido promoviendo con sistematicidad la tesis del "fin del trabajo" desde los inicios de la década de los 80: "La revolución microelectrónica está anunciando la época de abolición del trabajo. El trabajo asalariado no podrá constituir por mucho tiempo el foco primario de una vida individual o incluso su ocupación principal" (Gorz, 1986, pp. 53 y 56). Partiendo de la tesis del fin del trabajo, Gorz infiere las conclusiones políticas correspondientes, plantea la proposición según la cual debemos rechazar el capitalismo, pero aceptar la "lógica del capital" y luchar por una comunidad democrática y ecológicamente balanceada, más allá de las diferencias de clase y antagonismos: "Tenemos que aprender a distinguir entre el capitalismo y la lógica del capital. La lógica del capital es la única forma clara de lógica económica. No existe otro método económicamente racional para la operación de una empresa comercial. Hay por supuesto un movimiento, un proceso de transformación, una alianza lateral que trasciende los límites entre las clases. Por ejemplo, todos conocemos a algún capitalista, a algún ejecutivo de una compañía química que, como ser humano, experimenta dudas sobre lo que está haciendo, y se pregunta cómo será juzgada su vida cuando se encuentre en su lecho de muerte, y qué pensarán de él sus bisnietos" (Gorz 1993, pp. 165 y 167).

Parece que los exponentes de la tesis del "fin del trabajo" sufren de una compulsión reiterativa que los induce a publicar ensayos y libros que contienen una repetición estereotipada del mismo punto: que el trabajo asalariado está viviendo sus últimos días. Un ejemplar típico es el libro escrito por J. Rifkin (1996), en el cual se nos informa una vez más de que "ha llegado la Era de la Información. En los años que nos esperan, nuevas tecnologías de software más sofisticadas van a acercar la civilización cada vez más a un mundo casi-sin-tra-

bajadores" (p. XV). Al parecer, en la visión de ese autor no sólo el trabajo se encuentra a punto de desaparecer, sino también la energía y los materiales. Rifkin pronostica, por tanto, "el cambio desde una economía basada en el material, la energía y el trabajo hacia una basada en la información y la comunicación" (p. 236). Parece que "la información y la comunicación" llenarán estómagos, construirán casas, fabricarán ropa, automóviles, aviones.

Un interesante dato secundario sobre el libro de Rifkin (1996) consiste en las aclamaciones que ha recibido de luminarias como el economista Vasili Leontief, ganador del Premio Nobel, y también de la prensa (en Grecia el *Kathimerini* del domingo 4.8.96, en Alemania el *Frankfurter Rundschau* de 21.03.97, para limitarnos a dos ejemplos).[1]

El libro basa su tesis del "fin del trabajo", por una parte, en evidencias anecdóticas y citas de gente común o de personas influyentes[2] en la formación de la opinión pública y por otra, en una descripción de las consecuencias inmanentes a largo plazo para el empleo que tiene el aumento de la productividad del trabajo, *siempre* producido por el desarrollo capitalista: "En 1961 (...) la *Steel Workers Union* reportó una pérdida de 95 000 puestos de trabajo, mientras la producción aumentó un 121 %" (p. 67, subrayado de J. M.).

Rifkin (1996) expone las penalidades que sufre la clase obrera (opresión, empeoramiento de las condiciones de vida y deterioro de la salud de gran parte de la fuerza de trabajo; ver en particular p. 194), pero presenta estos fenómenos como un resultado de las "nuevas tecnologías". Salpica estos argumentos con una serie de tópicos del discurso de moda de las últimas décadas: pequeñas dosis de "Toyotismo" (p. 99), una pizca de globalización y trascendencia del Estado-nación (pp. 235-236), unas gotas de ecología (p. 246) y una generosa porción de "sociología empírica": "un aumento del 1 % en el desempleo da por resultado un aumento del 6,7 % de homicidios, un 3,4 % de los delitos con violencia, y un 2,4 % de los delitos contra la propiedad (...) la actividad delictiva de los adolescentes experimenta una escalada que va de los actos de terror individuales a grandes motines, como sucedió en Los Ángeles en 1992" (pp. 208 y 210).

Aparte de la diversión y estadística y los juegos, resulta sorprendente que se rechace el percibir cualquier parte de esa argumentación como algo que se refiere a una tendencia permanente del modo de producción capitalista, una tendencia que ya en la primera mitad del siglo XIX era "denunciada" elegantemente por economistas como Malthus y Sismondi. En otras palabras, el criterio relacionado con el "fin del trabajo" enmascara el hecho de que pese a incrementos en extremo rápidos en la productividad del trabajo, debidos a la "modernización" tecnológica y organizativa de las empresas capitalistas, la tendencia del empleo a largo plazo sigue siendo que se eleve el número de puestos vacantes (aunque a un ritmo mucho más lento, comparado con el volumen total de producción).

La tesis del "fin del trabajo" es paradójica: pese a la crisis de sobreacumulación capitalista de las dos últimas décadas (Ioakimoglou y Milios 1993), más del 85 % de la fuerza de trabajo en los países capitalistas avanzados (Europa, Norteamérica, el Sudeste asiático) se mantiene empleada. Entre toda la retórica en torno al "fin del trabajo" se echa a un lado la explotación de la gran mayoría de la población, que trabaja (es decir, la realidad del modo de

producción capitalista). La idea es que no vale la pena hablar de eso. Y todavía más, puesto que el desempleo se reduce a un producto secundario del progreso técnico como tal, una vez más las relaciones sociales quedan fuera de los límites de la discusión. En este contexto ideológico de apologética capitalista, afirmaciones como la de Gorz, en el sentido de que "la lógica del capitalismo es la única forma clara de lógica económica" (Gorz 1993, p. 165) sólo pueden ser descritas mediante el calificativo de redundantes, síntomas de la compulsión reiterativa.

3. ¿Un análisis "postmarxiano"?

La tesis del "fin del trabajo" la han adoptado también ciertos teóricos que se consideran a sí mismos pensadores marxistas, un caso típico es el de A. Schaff (1995). Estos enfoques no se diferencian de la literatura trivial sobre el "fin del trabajo" que acabamos de presentar, salvo en su transcripción "marxista" de ciertos rasgos terminológicos: "El fin del proletariado", el "fin del plustrabajo", etcétera. Sin embargo, la insistencia con la cual estos teóricos afirman su "marxismo" los obliga a argumentar que su propio alejamiento de los principios marxistas es exclusivamente un producto del hecho de que los fenómenos relacionados con el "fin del trabajo" hicieron su aparición en la época posterior a Marx. Para citar una observación característica de Schaff: "al menos, deberíamos reescribir *El capital* de Marx y *El capital* financiero de Hilferding (Schaff 1995, p. 108). Hemos indicado con anterioridad que Tugan-Baranowski había trazado una tesis del "fin del trabajo" en fecha tan temprana como 1901. Vale la pena observar aquí que la idea del "fin del trabajo" forma parte del pensamiento del joven Marx, cuando éste comenzó a elaborar la estructura fundamental de su sistema teórico, a la que llamó Crítica de la Economía Política. Como bien se sabe, Marx comenzó a formular sus conceptos económicos en los años de la década de 1850 (Milios 1977), y el primer texto amplio que firmó, principalmente como un ajuste de cuentas conceptual, fue los *Grundrisse* (1857-1858). Después de la publicación de su libro *Contribución a la crítica de la economía política* en 1859, hasta la publicación del primer volumen de *El capital* en 1867, Marx no sólo cambió el plan general de su obra, sino que también revisó parte del contenido conceptual de su teoría; por ejemplo, al abandonar el concepto de "capital en general" e introducir el de "capital social" (Heinrich 1986).

Encontramos ciertamente a Marx coqueteando en los *Grundrisse* con ideas del "fin del trabajo" y junto con éste el final del capitalismo, como resultado de la aplicación de la ciencia a la producción: "El trabajo no se presenta de tal modo como una parte constitutiva del proceso de producción. El hombre se comporta más bien como un supervisor y un regulador respecto al proceso de producción (...) Pero él mismo halla un lugar al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal (...) Desde el momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, ha dejado de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida, y el valor de cambio deja por ende también de ser la medida del valor de uso. El *plustrabajo de las grandes masas* ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, del mismo modo que el *no-trabajo de algunos* ha dejado de ser la condición del desarro-

llo de las fuerzas generales del cerebro humano. La producción basada en el valor de cambio se hunde por esta razón" (Marx: *Grundrisse*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, t. II, p. 193). El coqueteo de Marx con el "fin del trabajo" en los *Grundrisse* no iría más allá del planteamiento de una "contradicción en progreso": "El capital es una contradicción en progreso: de una parte, impele a la reducción del tiempo de trabajo al mínimo, y de otra parte, establece el tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. Disminuye el tiempo de trabajo bajo su forma necesaria para *incrementarlo bajo su forma de plustrabajo*" (Marx: *op. cit.*, p. 193).

Marx retomaría los mismos asuntos en *El capital*, pero esta vez sin la mínima referencia al "fin del trabajo". En *El capital* se formuló un nuevo concepto, mediante el cual examinó la relación cambiante entre el trabajo necesario (es decir, el trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo del obrero) y el plustrabajo (que se apropia el capitalista): ese fue el concepto de *plusvalía relativa*; en los *Grundrisse*, este concepto sólo llega a insinuarse. Marx dedica toda la cuarta parte del primer volumen de *El capital* para examinar la plusvalía relativa (capítulos 12-16). En esa sección analiza las consecuencias que tiene para la productividad del trabajo no sólo la maquinaria, sino también la cooperación y la división del trabajo. Los incrementos en la productividad del trabajo se consideran allí como sinónimos de reducciones en el tiempo de trabajo necesario para producir una unidad de cualquier mercancía (Heinrich 1996, pp. 202 ss.).

Vemos, por tanto, que la problemática del tiempo de trabajo reducido por unidad de mercancías producidas, o con otras palabras, el aumento perpetuo de la productividad del trabajo, ocupa un puesto central en el sistema teórico de Marx. Sin embargo, no conduce a artificios paradójicos como la tesis del "fin del trabajo", no porque los datos tecnológicos de aquella época no permitieran tales pensamientos, sino porque los conceptos de la reproducción ampliada de las relaciones capitalistas de producción (y explotación) apuntan hacia una problemática radicalmente diferente: la problemática de la plusvalía apropiada por el capital y de su tendencia a incrementarse, la problemática de la acumulación acelerada de capital en combinación con un creciente consumo individual (aunque éste crece con más lentitud), la teoría de las crisis capitalistas y del ejército de obreros de reserva formado por los desempleados.

Por el contrario, sólo en las primeras fases del desarrollo de la teoría de Marx se encuentran elementos de una problemática relacionada con el "fin del trabajo", y estos los abandonó inmediatamente después. Desde un punto de vista teórico, la tesis sobre el "fin del trabajo" pertenece a un período anterior a la formulación del sistema marxista de Crítica de la Economía Política.

4. Evidencia estadística y el "fin del trabajo"

El análisis que hemos desarrollado muestra que la problemática del "fin del trabajo" no es nueva, y tampoco está integrada a una estructura conceptual bien definida. Constituye una afirmación inexacta, basada en la evidencia parcial proporcionada por una serie de casos particulares. En esta sección del artículo

vamos a examinar de forma crítica la evidencia aportada por el *best-seller* sobre el "fin del trabajo" escrito por Rifkin, y tomaremos también en cuenta los datos macroeconómicos disponibles, los cuales Rifkin y los demás partidarios de la tesis del "fin del trabajo" no se molestan en investigar.

Las conclusiones de Rifkin (1996) se basan en gran número de historias sobre cambios que tuvieron lugar en los negocios en Estados Unidos. El método, como ya se mencionó, es simple y periodístico: primero, Rifkin considera como un estimado preciso cualquier pronóstico de una compañía, por ejemplo, en el sentido de que en los bancos comerciales e instituciones de ahorro, la introducción de tecnologías de computación dará por resultado la pérdida del 30 % al 40 % de los empleos en unos pocos años. Segundo, todas las historias contadas por ejecutivos de negocios se ensamblan para sacar conclusiones sobre la economía como un todo. Tercero y más importante, las conclusiones basadas en historias a que llega Rifkin no compaginan con datos estadísticos agregados.

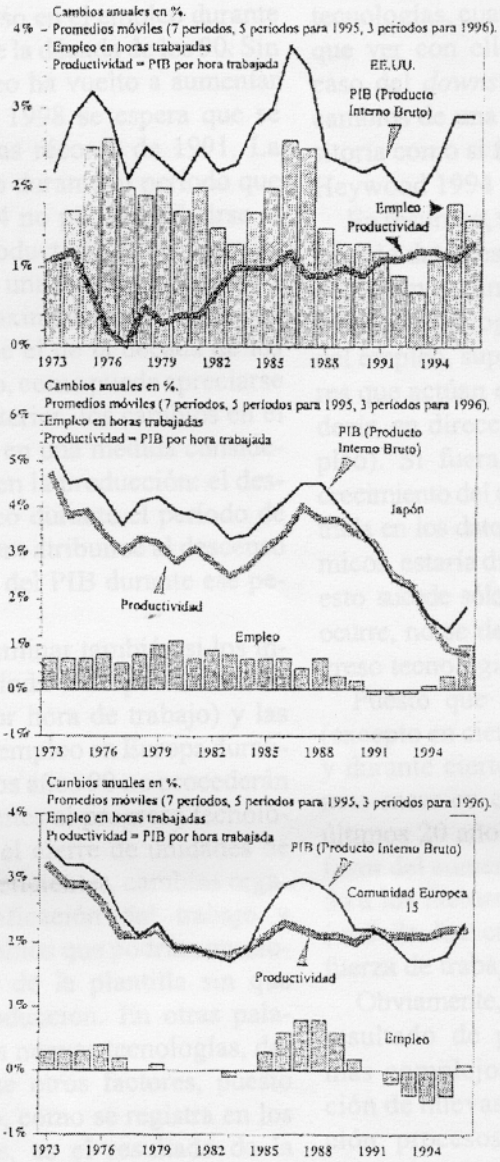
De haber examinado datos procedentes de cuentas nacionales, Rifkin hubiera descubierto diez años después de Solow que "podemos ver la era de la computadora dondequiera, excepto en las estadísticas de productividad": durante los últimos 22 años, pese a la creciente introducción de nuevas tecnologías en los procesos de trabajo, la productividad no se está acelerando en los países del G7 (OECD 1996).

En Estados Unidos la tasa de crecimiento económico a largo plazo se ha estabilizado en alrededor del 2,5 %. El aumento de la productividad del trabajo desde 1983 hasta el momento presenta una tendencia a largo plazo igualmente estable: crece como promedio en un 1 % anual.[3] En cuanto al empleo, en primer lugar, está aumentando con gran rapidez, en comparación con las cifras europeas, y en segundo lugar, su tasa de crecimiento supera la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo.

Para resumir, la baja tasa de desempleo en Estados Unidos, es decir, en un país donde están diseminadas las nuevas tecnologías de información, apoya el punto de vista según el cual el número de nuevos empleos creados durante un período de cambios tecnológicos profundos es comparable al número de empleos perdidos.

El caso de Japón tampoco ofrece una base para la tecnofobia. En este país, la productividad sigue una trayectoria descen- dente desde comienzos de la década de los 90, y el empleo está descendiendo debido a que se hace más lento el crecimiento del PIB. (Ver los diagramas siguientes.)

Crecimiento, productividad del trabajo y empleo



La única área que podría aportar un ejemplo favorable a las ideologías tecnofóbicas es la Unión Europea, puesto que mostró una descenso en el empleo durante la primera mitad de la década de los 90. Sin embargo, el empleo ha vuelto a aumentar desde 1995, y en 1998 se espera que se acerque a las cifras récords de 1991. La caída en el empleo durante el período que va de 1991 a 1994 no puede atribuirse al aumento de la productividad del trabajo, pues ésta muestra una tendencia estable a largo plazo de aproximadamente el 2 %, un nivel más bajo que el de la década de los 70. Por el contrario, como puede apreciarse en el diagrama anterior, los cambios en el empleo dependen en una medida considerable de cambios en la producción: el descenso en el empleo durante el período de 1991 a 1994 debiera atribuirse al descenso en el crecimiento del PIB durante ese período.

Habría que examinar también si los incrementos en el índice de productividad (producto neto por hora de trabajo) y las reducciones en el empleo en Europa durante la recesión de los años 90 no procederán de factores diferentes al progreso tecnológico, tales como el cierre de unidades de producción poco eficientes, cambios organizativos, intensificación del trabajo y otros tipos de cambios que podrían ocasionar la reducción de la plantilla sin que disminuya la producción. En otras palabras, aparte de las nuevas tecnologías, deberían examinarse otros factores, puesto que el desempleo, como se registra en los datos estadísticos, es el resultado de la acción de muchos factores: algunos de ellos aumentan el número de trabajadores, mientras que otros lo reducen. En cambio, *End of Work*, de Rifkin, se caracteriza por la confusión del progreso tecnológico con otros factores que causan la caída del empleo. Para limitarnos a un ejemplo, el fenómeno de *downsizing* (reducción de tamaño. *N.* del *T.*) se atribuye a las nuevas tecnologías, cuando en realidad poco tiene que ver con ellas (Thurow 1996). En el caso del *downsizing*, Rifkin presenta los cambios de una naturaleza más bien transitoria como si fueran permanentes (Doug Heywood 1994 y *The Economist* 8.6.96).

En resumen, incluso el más amplio análisis de datos estadísticos invalida la tesis de Rifkin según la cual la introducción de nuevas tecnologías, como factor reductor del empleo, supera todos los demás factores que actúan en la dirección opuesta (es decir, en dirección al incremento del empleo). Si fuera así, entonces la tasa de crecimiento del empleo, como aparece registrada en los datos estadísticos macroeconómicos, estaría disminuyendo; sin embargo, esto sucede sólo como excepción, y cuando ocurre, no se debe necesariamente al progreso tecnológico.[4]

Puesto que el empleo no ha decaído (excepto en ciertos casos, en ciertos países y durante ciertos períodos breves), debemos sacar en conclusión que durante los últimos 20 años los factores que actúan a favor del aumento del empleo, han superado a los factores que actúan reduciéndolo (uno de los cuales es la sustitución de fuerza de trabajo por maquinaria).

Obviamente, el empleo se produce como resultado de procesos que son mucho más complejos que la simple introducción de nuevas tecnologías en la producción: procesos relacionados con la política macroeconómica, con cambios en el marco institucional de las relaciones laborales y la jornada de trabajo, con la rentabilidad y la acumulación de capital, con el desplazamiento de la industria a los servicios, etcétera.

Rifkin se refiere también a una reducción del empleo en el sector de los servicios. Sin embargo, en Estados Unidos el empleo en el sector de los servicios se incrementó en el período de 1979 a 1993 con una tasa promedio anual del 2,2 % (equivale a un incremento del 25 % por década). En Japón, el empleo en el sector de servicios experimentó exactamente el mismo aumento durante ese período, mientras que la tasa promedio anual de aumento fue de 1,8 % en la Unión Europea. Por tanto, el sector de servicios no muestra signos de debilitamiento respecto a su capacidad para crear nuevos empleos (cosa que no sucede, sin embargo, en el sector de la agricultura o en la industria manufacturera). No hay indicios de debilitamiento ni en los servicios "tradicionales" (comercio, transporte, telecomunicaciones, servicios financieros, servicios a los negocios) ni en otros nuevos, tales como los servicios de "naturaleza social", servicios personales, etcétera. Particularmente con respecto a los últimos, la crisis estructural está llevando en apariencia a la generación de nuevos servicios y de nuevos empleos que se relacionan con la crisis de las estructuras familiares y su proceso complementario de labores domésticas,[5] con el envejecimiento acelerado de la población y el incremento de la asistencia médica, la creciente presencia de las mujeres en el mercado de trabajo, el debilitamiento de la cohesión social y el subsecuente aumento de la inseguridad.

Sobre la base de la evidencia estadística presentada, debe ponerse en duda la teoría del *crecimiento sin empleo*, adoptada con gran entusiasmo por todas las tendencias actuales de la tecnofilia. En los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) como un todo, está aumentando más bien la *intensidad del empleo*[6] (que es la elasticidad del empleo ante los cambios del PIB).[7] Por cada punto porcentual de incremento del PIB, tiende a aumentar el incremento porcentual del empleo: en términos simples, el crecimiento crea más empleos que antes.

5. ¿Maximización individual del beneficio o la sociedad del trabajo inseguro y explotado?

Para redondear nuestro análisis, volveremos a la pregunta formulada en la introducción: ¿Por qué la idea del "fin del trabajo" que ha sido siempre un elemento, aunque no muy importante, en el pensamiento de algunos filósofos y científicos sociales, recibe un énfasis especial en coyunturas históricas específicas cuando el desempleo se eleva por encima de determinado nivel y se torna difícil de manejar? Dando por sentado que los argumentos anteriores nos convenzan de que casi todo el mundo, incluso los ideólogos del "fin del trabajo", está consciente de que la mayoría de la fuerza de trabajo en los países capitalistas desarrollados (más del 90 % en Norteamérica y el Sudeste asiático: más del 85 % en Europa) se encuentra empleada y continuará empleada,[8] la respuesta no habrá que buscarla en alguna ilusión accidental, sino en los efectos ideológicos más generales de la coyuntura.

En el terreno del pensamiento económico y de las ideologías a él asociadas, durante más de un siglo han estado chocando dos corrientes: por una parte, las concepciones heterodoxas y radicales que perciben la economía y la sociedad (capitalista) como una sociedad de trabajo, y desde comienzos del siglo XX se han mantenido bajo la hegemonía (por regla general y en la mayoría de los países) de alguna varian-

te de las teorías marxistas (que ponen énfasis en el carácter explotador de las relaciones de producción capitalistas), y por otra parte las concepciones "ortodoxas" neoclásicas, que definen la sociedad capitalista como una sociedad de "armonía de intereses" y utilidad subjetiva.

La teoría neoclásica tiene por definición un propósito apologético. Presenta como una realidad la maximización imaginada del beneficio de todos los "sujetos económicos" (el productor-empresario y el consumidor), maximización que se define mediante una correlación axiomática del valor de uso de la mercancía (o de la "utilidad" que se derivará de la provisión de una unidad adicional de ella) con la racionalidad, inherente al capitalismo, de maximización de la ganancia. Postula, por tanto, como un axioma que el "equilibrio" del mercado (y el juego de la oferta y la demanda en el cual se origina) surge de la maximización simultánea de la "utilidad marginal" para el consumidor y la ganancia del capitalista. Su pretensión de cientificidad equivale simplemente a la justificación de su búsqueda de modelos que representarían la armonía supuestamente evidente en sí misma del mercado (equilibrio) *y* la sociedad (maximización de beneficio para "todos los que poseen factores de producción", es decir, trabajadores y capitalistas).

Dentro del andamiaje de este edificio apologético, los individuos son libres de decidir cómo distribuir su tiempo entre el "ocio" (que les ofrece "satisfacción") y el trabajo (que les aporta ingresos), de manera que logren una maximización del beneficio. Por consiguiente, una condición previa para la "maximización del beneficio" de los trabajadores asalariados es la capacidad de estos para regular la duración de su jornada de trabajo. Cuando, como sucede en períodos en que aumenta el desempleo, resulta evidente que la noción de tal elección no pasa de ser una estúpida fantasía, derivada de la "teoría", se desploma todo el edificio apologético de "armonía social" y "maximización de la utilidad".

Por tanto, una vez que la realidad del desempleo deja al descubierto la teoría neoclásica como la palabrería vana que es, aparece a la vista la imagen de una sociedad caracterizada por el trabajo inseguro, el trabajo amenazado por el desempleo, los trabajadores que sufren la explotación, a quienes se arrebatan derechos tradicionales, a la vez que recogen una proporción cada vez más pequeña del fruto de su trabajo. En la actualidad, la explotación capitalista está ganando terreno. La firmeza o debilidad de ese terreno, sin embargo, está relacionada con el grado de persuasión y legitimidad de las relaciones capitalistas que perciben quienes sufren la explotación. Los artificios paradójicos sobre una economía en la cual las computadoras electrónicas y los robots realizarán, ellos solos, todas las tareas productivas, y las nociones del "fin del trabajo", se encuentran precisamente al servicio de esta estrategia ideológica: tratan de disimular la cruel imagen de la explotación capitalista, del trabajo inseguro y explotado, y de proyectar una imagen de determinismo tecnológico, cuyos efectos colaterales negativos pueden ser paliados mediante la caridad, el trabajo voluntario y la "sensibilidad social". Pero los antagonismos sociales no pueden ser exorcizados con humo y espejos ideológicos.❐

Traducido del inglés por: FRANCISCO DÍAZ SOLAR